

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 10, capítulo CLXVI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 10, capítulo CLXVI

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CLXVI

Napoleón decide retirar sus tropas

Enero y febrero de 1866

CAPÍTULO CLXVI

NAPOLEÓN DECIDE RETIRAR SUS TROPAS

Enero y febrero de 1866

La expedición francesa a México no tuvo simpatías populares en Francia y la oposición parlamentaria en el cuerpo legislativo francés, se ocupó de estar insistiendo sobre este tema; para poder llevar adelante sus planes, el gobierno trató de justificarlo, adulterando los hechos frente a la opinión pública. Invocó agresiones del gobierno republicano de México, falta de cumplimiento a compromisos adquiridos, animosidad a los nacionales franceses residentes en el país, etc., etc. Al principio, con la sola excepción de la derrota del 5 de mayo, se pudo presentar al pueblo francés buenos resultados, creando la apariencia de que la situación había sido dominada en México.

La valiente resistencia de los republicanos mexicanos obligaron al ejército francés a estar en constante lucha y, prácticamente, sólo pudo dominar aquel terreno que estaba bajo sus pies, lo que hizo que la ocupación resultara más costosa de lo que se había previsto; además, la administración de Maximiliano, por diversas causas, no todas ellas atribuibles a él, no pudo actuar con eficiencia, ni tuvo suficientes ingresos para cumplir los compromisos que había adquirido en el tratado de Miramar.

La situación internacional europea condujo, a fines de 1865, a una guerra entre Austria y Prusia en la que resultó triunfante este segundo país, surgiendo así como una potencia de primer orden en el ambiente europeo; esto hizo pensar a Napoleón en la necesidad de buscarle solución al problema mexicano, creado por la presencia de tropas francesas en nuestro territorio.

Terminada la guerra de secesión en los Estados Unidos, exaltado a la Presidencia de la República el señor Andrew Johnson a consecuencia del asesinato de Abraham Lincoln, el gobierno, en forma directa y franca, insistió en las opiniones externadas ya con anterioridad, en el sentido de que no veía con simpatía que se tratara en América de derribar una República y crear un imperio, sobre todo en un país vecino al suyo. El Congreso presionó más aún, exigiendo al Poder Ejecutivo una acción efectiva.

Todos estos factores reunidos, forzaron la oposición francesa que se manifestó tanto en la prensa como en el cuerpo legislativo, por lo que Napoleón resolvió retirar sus tropas, si bien no en forma repentina, para evitar se interpretara como una debilidad o el reconocimiento del fracaso de la expedición.

La decisión de Napoleón trascendió al dominio público, de manera que pronto circuló en forma de rumor en los Estados Unidos, Francia y llegó hasta México, por lo que el gobierno imperial se preocupó y dio instrucciones a su ministro en Francia José Hidalgo, para que se trasladara a México a informar. Parece que este llamado correspondía, también, a intrigas palaciegas y a que se consideraba a Hidalgo más ligado a la corte francesa que a Maximiliano. Dejemos que Hidalgo nos relate lo que ocurría en la corte napoleónica y su interpretación del cambio de actitud:

Veamos ahora lo que pasaba en Francia, mientras yo estaba en el mar camino a México, a principios de enero de 1866. Ya se ha visto que salí de Francia con la convicción probada de que no era posible mantener por mucho tiempo el ejército francés en México, aunque no se había decidido la época y que así lo dije al emperador Maximiliano a mi llegada a Chapultepec; luego yo lo había previsto y le había advertido.

A principios de enero empezaron a volver a París, de los departamentos de Francia, los diputados. Ya se recordará la inmensa y dócil mayoría que obedecía la voluntad personal de Napoleón, interpretada confidencialmente, primero por el duque

de Morny, presidente del cuerpo legislativo y por los famosos oradores Billault y Rouher, que obtuvieron con tanta elocuencia la empresa de establecer el imperio de México.

Pero los diputados volvieron muy impresionados de la unanimidad con que los más adictos al emperador Napoleón eran de opinión que se llamase al ejército y temían una demostración general, que no por ser pacífica dejaría de poner en gran conflicto al gobierno francés, dando razón a la ruda oposición de legitimistas, orleanistas y republicanos, que tanto partido habían sacado ya de los reveses primeros de los franceses en México y de la sangre y oro que allá se derramaban. Era tal el odio de los partidos esos a Napoleón, que el ilustre Berryer, amigo y órgano del conde de Chambord, haciendo caso omiso de que la empresa había de establecer allá el principio monárquico que le era tan caro, pronunció un discurso violento contra la idea de fundar el imperio, con el mismo encono que hubiese podido hacerlo un republicano, de cuyo partido mereció aplausos que debieron sonrojarle. El odio era tan feroz en los partidos de la oposición, que de Napoleón no habrían aceptado ni la salvación.

Era claro que Napoleón no podía ir ya contra la corriente a qué le llevaban amigos y enemigos y que era preciso abrir el cuerpo legislativo anunciando, en el discurso de la solemne apertura anual, que el ejército francés volvía completa y definitivamente.

Para mí es indudable que si Napoleón hubiera podido prever la mitad de las dificultades y desgracias que sobrevinieron, no habría emprendido la fundación del imperio mexicano.

Creyó, como creímos todos, que la fuerza moral de las tres banderas unidas de las grandes potencias occidentales de la Europa y las escasas fuerzas que llevaban, bastarían para someter al país. Y así habría sucedido, si la traición de Prim, inspirada por su ambición personal y la traición también de la Inglaterra, no hubiesen desde luego trastornado todo, dando el espectáculo de un desacuerdo apenas pusieron el pie en territorio mexicano, que

no sólo dejaba ver el propósito de contrariar los designios de la Francia, sino de alentar y aun proteger a los demagogos de México, que cobraron bríos para hacer una guerra que había de ser funesta al partido imperialista y a la Francia, que quedaba sola, con escasas fuerzas, habiendo perdido además el empuje moral de las dos banderas aliadas, que volvieron enrolladas y llenas de fango a sus países —sobre todo la española, que Prim puso a los pies de los ingleses en los buques británicos.

Empeñado el honor de la Francia, *une reculade honteuse*,¹ como entonces se dijo, habría dado en aquel momento un golpe fatal al prestigio de Napoleón, espada triunfante dentro de Francia, en los campos de batalla de la Rusia y en los del emperador de Austria. Por eso, en vez de abandonar la empresa, envió fuerzas que habrían de llevarla a cabo a toda costa.

Y luego, hay que tener en cuenta que, mientras por un lado la Francia entera dejaba ver su aversión a que continuara allá el ejército, Napoleón y su gobierno estaban muy irritados de la conducta de Maximiliano y de los de México, que consideraba inspirados en todo por ese *mauvais vouloir*² de que tantas quejas se me daban.

Además, la mala inteligencia entre Maximiliano y Bazaine había ido agriando las relaciones con Francia; y si por un lado había un desacuerdo fatal en las cuestiones militares, no lo había menos en las diplomáticas, confiadas al que parecía profesar un odio oculto a los franceses y cuya personalidad fue tan funesta al imperio Mexicano.

Napoleón, chasqueado de no haber encontrado en Maximiliano el hombre inteligente, leal y agradecido en que creía, comprometido ante Francia por una empresa que no correspondió a la buena fe y desinterés con que él la inició, debía tener un resentimiento de despecho contra nuestro emperador y

¹ Una retirada honrosa.

² Mala voluntad.

de vergüenza ante Europa, que su dignidad le obligaba a callar. Sus propios sentimientos y sus intereses le llevaban a romper con Maximiliano y a retirar su ejército.

Cediendo a todo eso, se decidió, en consejo de ministros, que se enviase a México un diplomático —que fue el barón de Saillard— con instrucciones que son conocidas y que partiese por el primer vapor a mediados de enero. Ya se ve que no se perdió tiempo entre la decisión y su ejecución. Recuérdese que yo estaba en el mar cuando esa repentina mudanza se operaba en Francia y de ella soy tan responsable como los peces de las aguas que surcaban el malhadado vapor que me llevaba como una oveja al matadero. El emperador Napoleón pudo, al fin, anunciar a Francia y a Europa, en su discurso al cuerpo legislativo, que retiraba sus ejércitos.³

Decidido ya a poner en marcha este plan, escribe el 15 de enero una diplomática carta a Maximiliano en la que le informa que ha decidido retirar sus tropas, que a ese fin envía a México al Barón Saillard para que, después de consultar con el mariscal Bazaine, se ponga de acuerdo con él "para fijar las fechas de las sucesivas repatriaciones de tropas, de modo que ésta no se realice bruscamente, perturbando la tranquilidad pública y poniendo en peligro los intereses en cuya protección estamos tan interesados". Ignorante el gobierno de los Estados Unidos de la decisión definitiva tomada por Napoleón, el secretario de Estado Seward dirige el 12 de febrero una larga comunicación al ministro francés en Washington, marqués de Montholon, en que haciendo historia del intercambio de notas entre el gobierno francés y el estadounidense, insiste en la necesidad de que las tropas francesas abandonen el territorio de México; también señala que sería "irregular el suponer que ni por un momento se figure, que los Estados Unidos puedan obligarse a consentir indirectamente, o tolerar el establecimiento de las odiosas instituciones";

³ Sofia Vereá de Bernal, *Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar*, Recopilación, prólogo y notas de..., México, 1960, p. 86 y ss.

refiriéndose a la creación del imperio de Maximiliano. Concluye diciendo que "Francia tiene el derecho de hacer la guerra a México, determinando para sí misma la causa que le motive; pero nosotros tenemos, a nuestra vez, el derecho de insistir en que Francia no debe aprovechar las ventajas que alcance en esta guerra, para crear y sostener en México un gobierno antirrepublicano y antiamericano".

Nos parece muy importante esta nota, porque muestra que la decisión tomada por Maximiliano fue consecuencia de los diversos factores que señalamos al principio y no exclusivamente la presión del gobierno de los Estados Unidos, que continuaba haciéndola cuando ya Napoleón había resuelto retirar las tropas de México.

A mediados de febrero llegó el barón de Saillard a la ciudad de México y entregó la carta de Napoleón a Maximiliano, quien se apresuró a contestarla el día 18, desde Cuernavaca, en forma mordaz. Se da por enterado de que no podrá "observar los solemnes tratados que hemos firmado hace apenas dos años y me lo comunica con una franqueza que le hace honor". Siguiendo en el tono de ironía, le propone "con una cordialidad igual a la vuestra, el retiro inmediato de vuestras tropas del continente americano".

Napoleón, también a mediados de febrero, escribe a Bazaine ratificándole la decisión de abandonar México, y le da instrucciones de cómo hacer la evacuación, recomendándole que procure se perjudique lo menos posible "al gobierno del emperador Maximiliano, a quien deseo sostener tanto cuanto sea posible". Volviendo a su actitud de tutor, da consejos a Maximiliano, a través de Bazaine, sobre cómo hacer economías, cambiar la organización interna del imperio, dándole una forma federativa y, por último, resume, en el penúltimo párrafo de su carta, las instrucciones en la forma siguiente: "Evacuar lo más pronto posible, pero hacer todo lo que dependa de nosotros para que la obra que hemos fundado, no se derrumbe al día siguiente de nuestra partida". Indudablemente que Napoleón al escribir estas líneas, estaba convencido de que la existencia del imperio era ya por demás precaria, sostenida exclusivamente por las fuerzas francesas y fue certero su temor, pues al retirarse éstas, el imperio se vino a tierra.

El gobierno nacional se dirige a Jesús Terán, haciéndole saber que no cuenta con recursos para auxiliar al general Miramón para que se incorpore a las fuerzas patrióticas, pero que será bien recibido, si efectivamente regresa al territorio de la República y se pone al servicio de la República.

Ya hemos visto en capítulos anteriores que el secretario de Estado Seward, con el fin de estorbar los planes de Matías Romero de traer a México un fuerte contingente de voluntarios estadounidenses, antiguos soldados de la guerra civil, bajo la dirección del Gral. Schofield, envió a esta persona en misión a Europa para presionar el retiro de las tropas francesas de México.

Inmediatamente que llega a Francia, Terán lo entrevista y logra confidencias que muestran a qué grado Schofield estaba desorientado y que en realidad no desempeñaba una misión diplomática eficaz; las cartas que se reproducen lo confirman.

Concluye este capítulo con un interesante informe de Matías Romero, en que relata la conversación sostenida con el señor secretario de Estado Seward, a su regreso de un viaje por las Antillas, en plan de descanso y en busca de salud.

Al llegar a Jamaica tuvo una entrevista con Santa Anna que, según Seward, fue resultado simplemente de una cortesía, sin un propósito político. El relato de la conversación es interesante, porque muestra que Santa Anna quería justificar, ante el gobierno de los Estados Unidos, su inicial reconocimiento de la intervención y del imperio; se exhibe también la falsa apreciación de Seward al considerar que Santa Anna todavía era un personaje importante en la vida política de México. Matías Romero tuvo buen cuidado de demostrar a Seward que Santa Anna, definitivamente, había perdido popularidad en México.

Jesús Terán comunica, desde París, al ministro de Relaciones, que en Europa corren rumores de que el gobierno de Estados Unidos concedió a Francia un plazo de dos años para que ésta evacue sus tropas de México, lo que presentaría graves inconvenientes para la nación.

Las especulaciones en torno a la política adoptada por Estados Unidos sobre la intervención francesa continúan, por lo que Matías

Romero, desde Washington, informa al ministro de Relaciones los rumores que le transmitió el ministro de Rusia, acerca de un proyecto de Seward con Santa Anna, para que este último organice un gobierno provisional a la salida de Maximiliano. A pesar de que, como dice, este rumor le parece absurdo, es necesario tomarlo en consideración ya que tal arreglo sería inaceptable para México.

Nuevamente Jesús Terán escribe al ministro de Relaciones, donde le comenta un telegrama enviado por González Ortega a Epitacio Huerta, y le recomienda tomar ciertas medidas pertinentes para evitar cualquier acto que resulte nocivo para el bien del país.

Napoleón, a su vez, autoriza a Bazaine para que tome, junto con Mr. Langlais, la dirección del ejército y las finanzas públicas, ya que es su deseo sostener el mayor tiempo posible el imperio mexicano y brindar a Maximiliano un apoyo cierto.

DOCUMENTOS

Enero y febrero de 1866

CORREN RUMORES DE QUE LOS FRANCESES
TARDARAN DOS AÑOS PARA DESOCUPAR MÉXICO

París, enero 10 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones
Chihuahua

Algunos periódicos de esta ciudad publicaron el 8 del corriente, como del todo segura, la noticia de haber celebrado este gobierno con el de los Estados Unidos, una convención en virtud de la cual las fuerzas francesas evacuarían dentro de dos años el territorio mexicano y un año más tarde los Estados Unidos reconocerían al gobierno que estuviera establecido en México, cualquiera que fuese. Alarmado por esta causa, vi ayer al Gral. Schofield y le pregunté sin rodeos lo que había de cierto en esas noticias; me aseguró que nada y que esas voces que se hacían correr no eran más que redes que tendía el gobierno para explorar la opinión pública.

Entré después en largas reflexiones sobre los inconvenientes que para Francia, para México y los Estados Unidos, presentaría la concesión de un largo plazo para la desocupación. "La primera, le dije, sólo conseguiría hacer nuevos gastos y exponerse a inevitables conflictos con México y los Estados Unidos, sin lograr engañar a nadie sobre los verdaderos motivos de su retirada. México tendría que continuar la guerra durante los dos años, perdiendo ese tiempo precioso en la reorganización interior a que urgentemente tiene que consagrarse y los Estados Unidos harían un papel indigno, forzándonos a suspender una lucha que tantas veces han declarado justa y heroica o limitándose a presenciarla, como si en nada les afectara, cuando se han declarado parte muy interesada". En todo estuvo conforme el general, asegurándome que los Estados Unidos no concederían un plazo que pasara del presente año

y que, en su concepto, el emperador, aunque lo desearía largo, se conformaría con el que se le fijara.

Le manifesté que para que la convención fuera legal y surtiera los efectos que se desean, era indispensable la autorización del gobierno de México, pues él no podía creerse obligado, sino reputarse desairado y ofendido por la convención que sobre asuntos suyos celebraran entre sí dos potencias extrañas. Me contestó que se había ocurrido ya a ese gobierno y que suponía que ya me vendrían en camino despachos relativos. Me preguntó si el Sr. Juárez tendría inconveniente en conceder el plazo y le contesté que suponía que no, tratándose de un plazo que no excediera de seis meses, pues dos bastarían para transportar 20,000 hombres de México a la Guadalupe y la Martinica y que, por consiguiente, debíamos tener por maliciosa y de segunda mira toda pretensión de un plazo que pasan de seis.

Dígnese usted elevar lo expuesto a conocimiento del ciudadano presidente y aceptar las protestas de mi consideración y aprecio.

Jesús Terán

ROMERO, ALARMADO, CREE ACORDE A SEWARD
CON SANTA ANNA PARA QUE ÉSTE ORGANICE
UN GOBIERNO A LA SALIDA DE MAXIMILIANO

Washington, enero 4 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
Chihuahua

Acaba de venir a verme el barón de Stoeckle, ministro de Rusia cerca de este gobierno y, entre otros asuntos importantes, me ha comunicado uno hacia el cual creo que debo llamar muy especialmente la atención del supremo gobierno.

Me dijo que se le ha indicado por persona que debe saberlo, aunque no estaba seguro de ello, que Mr. Seward, que salió de esta ciudad el sábado 30 de diciembre próximo pasado, va a Saint Thomas con objeto de ponerse de acuerdo con don Antonio López de Santa Anna, para que organice un gobierno en México a la salida de Maximiliano. Que si consigue este objeto, propondrá tanto al ciudadano presidente como a Maximiliano, que se separen ambos de la escena pública y que Santa Anna forme un gobierno provisional mientras se hacen nuevas elecciones. Este arreglo se dice que les evitaría a los franceses la humillación de ver restablecido en el poder al ciudadano presidente, contra quien han manifestado una saña especial, al paso que parecería de acuerdo con su pretendida teoría de dejar al pueblo mexicano que se dé el gobierno que libremente quiera.

Por absurdo que me parezca este rumor, procede de tal fuente que no puedo menos de considerarlo como algo probable y trasmitirlo, por lo mismo, a ese ministerio. Por supuesto que tal arreglo sería del todo inaceptable para nuestra patria, pues una de sus condiciones había de ser

que Santa Anna reconociera todos los actos de la intervención y, especialmente, la pretendida deuda en favor de la Francia.

El barón de Stoeckle me dijo que no había duda ninguna de que Mr. Seward iría a Saint Thomas, supuesto que había llevado cartas de introducción para el gobernador de aquella colonia del Sr. Raddsloff, ministro de Dinamarca en esta ciudad.

Estaré pendiente de lo que ocurra respecto de este asunto para comunicarlo a ese ministerio y dar los pasos que fueren necesarios.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

NAPOLÉON ABANDONA A MAXIMILIANO;
RETIRA SUS TROPAS

París, enero 15 de 1866

A vuestra majestad el emperador Maximiliano

Señor mi hermano:

Escribo a V. M. con un penoso sentimiento, pues estoy obligado a daros a conocer la decisión que he debido tomar en presencia de todas las dificultades que me crea la cuestión mexicana. La imposibilidad de obtener del cuerpo legislativo nuevos subsidios para el mantenimiento del cuerpo de ejército en México y la declaración de V. M. de no estar en condiciones de subvenir por sí mismo a este mantenimiento, me obligan a fijar definitivamente un término a la ocupación francesa. A mi juicio, este término debe ser fijado lo más próximo posible.

Entretanto, os envío al barón Saillard para que, después de consultar al mariscal Bazaine, se ponga de acuerdo con V. M. para fijar las fechas de la sucesiva repatriación de tropas, de modo que ésta no se realice bruscamente, perturbando la tranquilidad pública y poniendo en peligro los intereses en cuya protección estamos tan interesados. Queda entendido que la legión extranjera permanecerá aún algunos años al servicio de V. M.

Si, lo que no pongo en duda, mostráis la energía necesaria en estas difíciles circunstancias, si organizáis vuestro ejército y el extranjero, si realizando todas las economías imaginables encontráis medio para aprovechar los recursos económicos de vuestro imperio, creo que vuestro trono se consolidará, pues la salida de nuestras tropas podrá suponer una

debilitación momentánea, pero tiene la ventaja de quitar a Estados Unidos todo pretexto para una intervención.

He hecho escribir al mariscal Bazaine y a Mr. Langlais para que ayuden a V. M. con sus consejos y su colaboración.

Os repito que me siento desolado al pensar que el poder de V. M. pueda ser conmocionado por una disposición que me impone la fuerza de las circunstancias.

Ruego a V. M. exprese a la emperatriz todo mi sentimiento por la muerte del rey, su padre, la que suscitó en Europa un duelo unánime.

Os renuevo la seguridad de los sentimientos de alta estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.⁴

Napoleón

⁴ Original en francés.

EL GOBIERNO DE JOHNSON PRECISA SU POSICIÓN
FRENTE A LA PRESENCIA DE TROPAS FRANCESAS EN
MÉXICO; NAPOLEÓN DECIDE EVACUAR A LAS TROPAS
FRANCESAS

Departamento de Estado, Washington, febrero 12 de 1866

Al marqués de Montholon, etc., etc., etc.

Señor:

El 6 de diciembre tuve la honra de dirigir a usted, para conocimiento del emperador, una comunicación relativa a los asuntos de México, en cuanto se afectan por la presencia de tropas francesas en aquel país. El 29 de enero siguiente se sirvió usted enviarme una respuesta a esa comunicación, cuya respuesta le había remitido Mr. Drouyn de Lhuys con fecha 9 del propio mes. He dado cuenta con ella al presidente de los Estados Unidos y ahora cumple a mi deber el volver a tratar la interesante cuestión que de esa manera ha llegado a discutirse.

En primer lugar notaré los puntos que trata en su nota Mr. Drouyn de Lhuys.

Declara que la expedición francesa a México no envolvía cosa alguna hostil a las instituciones del Nuevo Mundo y menos aún contra los Estados Unidos. Como pruebas de esta amistosa aseveración, se refiere a la ayuda de hombres y dinero que en nuestra guerra de insurrección prestó Francia a la causa de nuestra independencia; a la propuesta preliminar que nos hizo Francia de que nos le uniésemos en su expedición a México y, finalmente, a la neutralidad que la misma Francia observó en la penosa guerra civil que acabamos de pasar con buen éxito. Me es grato reconocer que las aserciones que con tal motivo se hacen de

que la expedición francesa, como fue originalmente concebida, no tuvo objeto o motivos políticos de ninguna especie, se hallan enteramente de acuerdo con repetidas expresiones que se advierten en la primera correspondencia del ministro de Negocios Extranjeros, con motivo de la guerra entre Francia y México.

Con un placer especial aceptamos las reminiscencias de nuestra amistad tradicional.

Mr. Drouyn de Lhuys nos asegura en seguida que el gobierno francés está dispuesto a apresurar, hasta donde sea posible, la retirada de sus tropas de México. Saludamos ese anuncio como una promesa implícita de liberrar a este gobierno de los temores y ansiedades cuyo peso se advertía en mi citada nota, que ha tenido a la vista Mr. Drouyn de Lhuys.

Procede luego el ministro de Negocios Extranjeros a declarar que la única mira de la Francia, al llevar adelante su empresa en México, ha sido procurarse la satisfacción a que tenía derecho, habiendo recurrido a medidas violentas después de agotar las de otro carácter. Dice Mr. Drouyn de Lhuys que es sabido cuántas y cuán legítimas eran las reclamaciones de súbditos franceses que hicieron recurrir a las armas. Entonces nos recuerda cómo, en tiempos pasados, los Estados Unidos hicieron la guerra a México. Sobre esto creo necesario y oportuno manifestar que la guerra a que se alude de ese modo, no fue hecha ni buscada por los Estados Unidos, sino que fue aceptada por ellos en virtud de provocaciones de un carácter muy grave. Esos hechos pertenecen ya a lo pasado y la necesidad, la justicia de los actos que ejecutaron entonces los Estados Unidos, son cuestiones que corresponden hoy sólo al dominio de la historia. Francia, a mi juicio, reconocerá que ni en el principio ni en el curso de nuestra guerra a México, ni en el modo con que nos retiramos de esa lucha afortunada, asumieron los Estados Unidos posición alguna incompatible con los principios que ahora sostenemos respecto a la expedición francesa a México.

Estamos y hemos estado en relaciones de amistad tanto con Francia como con México y de consiguiente no podemos, siguiendo esas buenas relaciones, constituírnos jueces de los méritos que en un principio

originaron la guerra entre ambos países. Podemos hablar de esa guerra solamente hasta el punto en que nos afecta por su trascendencia a nuestros intereses y a las instituciones americanas en este continente.

Mr. Drouyn de Lhuys declarara que el ejército francés, al entrar en México, no llevaba tradiciones monárquicas entre los pliegues de su bandera. Con este motivo alude al hecho de que había en México, al tiempo de la expedición, un número de hombres influyentes que desesperaban de ver restablecido el orden en el estado que guardaba allí el gobierno republicano y, como consecuencia, acariciaban la idea de volver al régimen monárquico. Recuerda, además, a este propósito, que uno de los últimos Presidentes de México ofreció usar de su poder para el restablecimiento de la monarquía. Por último, agrega que al tiempo de la invasión francesa, las personas antes aludidas creyeron llegada la ocasión de hacer un llamamiento al pueblo mexicano en favor de las instituciones monárquicas. Mr. Drouyn de Lhuys observa que el gobierno francés no juzgó de su deber el desanimar aquel supremo esfuerzo de un partido poderoso, que había tenido su origen mucho tiempo antes de la expedición francesa. Mr. Drouyn de Lhuys observa que el emperador, fiel a las máximas de derecho público que proclama en común con los Estados Unidos, declaró en aquella ocasión que la cuestión de cambio de instituciones dependía solamente del voto del pueblo mexicano. En apoyo de esta aserción, Mr. Drouyn de Lhuys presenta la copia de una carta que el emperador dirigió al general en jefe de la expedición francesa, después de la toma de Puebla, cuya carta contenía las siguientes palabras:

Sabéis que nuestro objeto no es imponer a los mexicanos un gobierno contra su voluntad, ni hacer que nuestras victorias ayuden al triunfo de un partido cualquiera. Deseo que México se levante con nueva vida y que, regenerado pronto por un gobierno fundado en la voluntad nacional, en principio de orden y de progreso, como también de respeto a la ley de las naciones, reconozca, por medio de relaciones amistosas, que debe a la Francia su reposo y su prosperidad.

Mr. Drouyn de Lhuys continúa su argumentación diciendo que el pueblo mexicano ha hablado ya; que el emperador Maximiliano ha sido llamado por la voz del país, que su gobierno ha parecido al emperador de los franceses, propio para establecer la paz en la nación y, en cuanto de ella dependa, sus relaciones pacíficas con las demás; por lo cual le ha prestado hasta ahora su apoyo. En consecuencia, Mr. Drouyn de Lhuys ofrece lo siguiente como el verdadero modo de fijar la cuestión. La Francia fue a México a ejercer el derecho de guerra, que en su caso ejercerían los Estados Unidos y no con miras de intervención, respecto de las cuales profesa la misma doctrina de los Estados Unidos. La Francia fue allá, no para reclutarle prosélitos a la monarquía, sino para obtener reparaciones y garantías a que tenía derecho y una vez allí sostiene al gobierno fundado en el consentimiento del pueblo, porque espera de ese gobierno justa satisfacción de sus agravios, no menos que seguridades indispensables para lo futuro. Como no pretende la satisfacción de un interés exclusivo, ni la realización de planes ambiciosos de ningún género, desea ahora retirar de México lo que allí queda del cuerpo de ejército que mandó, tan pronto como pueda verificarlo, dejando la seguridad a los súbditos franceses y a cubierto su propio decoro.

Comprendo cuán delicada es la discusión a que me invita Mr. Drouyn de Lhuys. El respeto y la amistad que debemos a Francia nos hace reconocer el derecho que tiene de interpretar, para su propio uso, los objetos de la expedición y el conjunto de sus actos en México. La explicación que diera de esos motivos y objetos es, por lo mismo, aceptada de parte nuestra con la consideración y confianza que esperamos inspiren nuestras propias explicaciones cuando se dirijan a Francia o a otra potencia amiga. Sin embargo, cumple a mi deber insistir en que cualesquiera que hayan sido las intenciones, miras y objetos de Francia, los actos de cierta clase de mexicanos, encaminados a derribar aquel gobierno republicano y establecer sobre sus escombros, a la sombra de la intervención francesa, un gobierno monárquico imperial, carecieron, a juicio de los Estados Unidos, de la sanción del pueblo mexicano, siendo por el contrario ejecutados contra la voluntad y las

opiniones de ese pueblo. Por tales razones, este gobierno opina que, al apoyar instituciones establecidas de ese modo contra los inalienables derechos del pueblo mexicano, las miras primitivas de la expedición francesa, bien que no hayan sido abandonadas ni olvidadas por el emperador de los franceses en su demanda de satisfacción militar, disminuyeron sin embargo de importancia, quedando en cierto modo subordinadas a una revolución política que ciertamente no hubiera ocurrido sin la violenta intervención francesa y que a juzgar por la índole y carácter del pueblo mexicano, no la sostendría en la actualidad si cesara semejante intervención. Los Estados Unidos no han visto prueba alguna satisfactoria de que el pueblo haya manifestado su voluntad, creando o aceptando el llamado imperio que se pretende haber sido establecido por él en la capital. Los Estados Unidos, como he manifestado en otras ocasiones, opinan que semejante aceptación no pudo prestarse libremente ni solicitarse con lealtad en ningunas circunstancias, hallándose presente el ejército invasor. Creen que la retirada de las tropas francesas es indispensable para que tenga lugar semejante manifestación de parte de los mexicanos. Claro está que el emperador de Francia, tiene derecho de determinar el aspecto quo conforme a sus miras tiene la cuestión de México; pero el que yo le doy ahora, es el mismo que ha aceptado esta nación.

Los Estados Unidos reconocen y es preciso que continúen reconociendo en México solamente la antigua república y en ningún caso pueden consentir en verse directa o indirectamente envueltos en el reconocimiento de la institución —*institution*— del príncipe Maximiliano en México, ni en relacionarse con ella de ningún modo.

Esta política, a mi juicio, no tiene en su contra ni un solo voto entre los americanos. No pretendo que esta opinión unánime de los americanos sea aceptada universalmente por las naciones extranjeras y se convierta en opinión del género humano.

El emperador puede, por sí mismo, formar su juicio particular sobre este importante asunto.

Mas yo no puedo menos de observar que, afectando esta cuestión por su trascendencia, de un modo incidental a todos los estados

republicanos de este hemisferio, todos ellos han convenido en el juicio que he formulado a nombre de los Estados Unidos. Así es que, con razón o sin ella, la presencia en México de ejércitos europeos que sostienen a un príncipe de Europa con atributos imperiales, sin consentimiento del pueblo y contra su voluntad, se considera fuente de temores y peligros, no sólo para los Estados Unidos sino también para todos los estados independientes y soberanos fundados en el continente americano y sus islas adyacentes. Bien conoce Francia cuales son las relaciones de los Estados Unidos hacia los otros países de este continente a que me refiero y no ignora la importancia que el pueblo americano da a los deberes y obligaciones que, en virtud de aquéllas, nos ligan con esos estados.

De este modo tenemos que volver a la única cuestión que fue materia de mi nota del 6 de diciembre último, a saber, la conveniencia de un arreglo que pusiera fin a un estado de cosas que a la larga tiene por fuerza que turbar la armonía y amistad que han existido hasta ahora entre los Estados Unidos y Francia.

No pretende este gobierno decir de qué modo podían arreglarse los reclamos de indemnización y satisfacciones que motivaron originalmente la guerra de Francia contra México, al suspenderse esta guerra, que se ha convertido en intervención política, peligrosa para los Estados Unidos y las instituciones republicanas de América. Reconociendo como beligerantes a Francia y a la República Mexicana dejamos que ellas decidan todo lo relativo a esas reclamaciones. Los Estados Unidos se contentan con llamar la atención de Francia hacia las exigencias embarazosas de la situación de México y con expresar la esperanza de que Francia encontrará algún medio que, siendo compatible con sus intereses y su honra, no menos que con los intereses y principios de los Estados Unidos, ponga término a esa situación sin dilaciones peligrosas.

Mr. Drouyn de Lhuys repite en esta vez lo que en otra ocasión ha dicho, a saber, que depende en mucha parte del gobierno federal el facilitar la retirada de las tropas francesas de México. Sostiene que la posición que han tomado los Estados Unidos nada tiene de incompatible con la existencia de instituciones monárquicas en México. Cita en su apoyo el hecho de que el presidente de los Estados Unidos, lo mismo que

el secretario de Estado, en documentos oficiales se han declarado opuestos a hacer la propaganda en el continente americano, en favor de las instituciones republicanas. Cita igualmente Mr. Drouyn de Lhuys el hecho de que los Estados Unidos tienen relaciones de amistad con el emperador del Brasil, como las tuvieron asimismo en 1822 con Iturbide el emperador mexicano. De todo esto infiere Mr. Drouyn de Lhuys que no hay principio fundamental, ni precedente en la historia de este país, que motive un antagonismo necesario entre los Estados Unidos y la forma de gobierno que preside el príncipe Maximiliano en la antigua capital de México.

No advierto que sea conveniente y por lo mismo no deseo entrar en las discusiones que de esa manera suscita Mr. Drouyn de Lhuys. Bastará para mi objeto, en este caso, manifestar y protestar de nuevo nuestros deseos de facilitar el retiro de las tropas francesas de México, haciendo con este objeto cuanto fuere compatible con la posición que hemos tomado en el asunto y con nuestros justos miramientos a la soberanía de la República Mexicana. No podía esperar la Francia que hiciéramos ni más ni cosa diferente. Habiendo dado a Francia esta seguridad, juzgo necesario definir de nuevo la posición de este gobierno como lo hice en mi nota del 6 de diciembre en los términos siguientes: en el continente americano, las instituciones republicanas e independientes nos parecen más conformes con la índole e intereses de los Estados Unidos. Cuando el pueblo de un país, como el Brasil en la actualidad o México en 1822, ha establecido y aceptado instituciones monárquicas de su elección, sin ninguna coacción o intervención extranjera, los Estados Unidos no rehúsan tener relaciones con su gobierno, ni tratan con la propaganda de la fuerza o de la intriga, de echar abajo sus instituciones. Mas cuando, por el contrario, ha establecido una nación instituciones republicanas e independientes, semejantes a las nuestras, los Estados Unidos afirman, en nombre de ella, que ninguna nación extranjera puede intervenir justamente por la fuerza, para derribar las instituciones republicanas y establecer otras de un carácter opuesto.

Mr. Drouyn de Lhuys parece creer que yo hago un doble reproche al pretendido gobierno del príncipe Maximiliano echándole en cara las

dificultades con que tropieza y el apoyo que recibe de potencias extranjeras. A este propósito sostiene que la resistencia y los obstáculos con que Maximiliano ha tenido que luchar, no arguyen nada especial en contra de las instituciones que él ha establecido, según lo supone el mismo Mr. Drouyn de Lhuys.

Asegura Mr. Drouyn de Lhuys que lo que Maximiliano está pasando no es sino la prueba que tienen que sufrir todos los gobiernos nuevos y que él resiente ahora la consecuencia de discordias ocasionadas por administraciones anteriores.

Mr. Drouyn de Lhuys alega que estas desgracias y contrariedades ocurren aun a los gobiernos que no encuentran competidores armados, fundando una autoridad pacíficamente y sin resistencia. Alega, además, que las revueltas y las guerras intestinas son el estado normal de México, agregando que la oposición de algunos jefes militares al establecimiento de un imperio bajo Maximiliano, no es sino la consecuencia natural de la indisciplina y anarquía reinante de que han sido víctimas sus predecesores en el poder. No entra en el propósito, ni sería propio del carácter de los Estados Unidos, el negar que México ha sido por largo tiempo teatro de facciones y guerras intestinas. Los Estados Unidos confiesen ese hecho y lo confiesen con un sentimiento tanto más sincero, cuanto que los males que han sobrevenido a México no han sido sólo para su pueblo sino que, desgraciadamente, han tenido una influencia perniciosa en otras naciones.

Por lo demás, los Estados Unidos no tienen derecho —ni ello se avendría bien con su amistad hacia México— para echar en cara al pueblo de aquel país sus infortunios pasados, ni mucho menos para provocar o aprobar el castigo que por sus errores políticos quieran aplicarle los extranjeros. La población mexicana se ha encontrado en una situación peculiar que no puede ocultarse a la Francia. A principios de este siglo los mexicanos se vieron obligados por convicciones, que el mundo no podrá menos de respetar, a romper un yugo monárquico extranjero que juzgaron incompatible con su bienestar y engrandecimiento. Viéronse también obligados, por otras convicciones igualmente respetables, a tratar de establecer instituciones republicanas,

sin la plena experiencia, la educación práctica y los hábitos que pudieran consolidar desde luego esas instituciones de un modo satisfactorio. México fue teatro de un conflicto entre los dogmas e instituciones eclesiásticas, políticas y comerciales de Europa, por una parte y las nuevas instituciones e ideas americanas por la otra. Tenía esclavitud africana, restricciones coloniales y monopolios eclesiásticos. Una de esas dificultades aquejaba también a los Estados Unidos, que felizmente se hallaban exentos de las otras. No podemos olvidar que México abolió la esclavitud mucho antes y con más expedición que los Estados Unidos y no podemos negar que toda esa anarquía de México, de que se queja Mr. Drouyn de Lhuys, ha sido por necesidad y aún sabiamente sobrellevada por aquel pueblo, en sus esfuerzos por llegar a cimentar una amplia libertad republicana.

Ignoro si podremos esperar que la Francia acepte este modo de ver las cosas a que nuestro juicio palia los errores, infortunios y calamidades de México. Sea de ello lo que fuere, reproduciremos el principio de que ninguna nación extranjera tiene derecho de intervenir en esos ensayos de México y, bajo el pretexto de querer corregirle sus errores, privar a su pueblo de su natural derecho a una libertad republicana e independiente. Todos los agravios e injurias que México pueda haber hecho a cualquiera otra nación, ha encontrado un severo castigo en las consecuencias que legítimamente se han seguido de ellos. Las naciones no están autorizadas para corregirse mutuamente sus errores, sino en aquello que sea necesario para reparar o prevenir las injurias que las afecten directamente. Si un Estado tiene derecho de intervenir en otro para establecer el orden constituyéndose juez de la oportunidad, entonces todos los Estados tienen el mismo derecho de ingerirse mutuamente en sus negocios con absoluta libertad para determinar el tiempo y ocasión en que hayan de hacerlo. Puesto en la práctica este principio de intervención, haría inciertas y engañosas toda tolerancia, independencia y aún toda paz y amistad entre las naciones.

Mr. Drouyn de Lhuys advierte en seguida que el apoyo que recibe Maximiliano del ejército francés y el que le dan los voluntarios de Austria y Bélgica, no embarazan la libertad de sus resoluciones en los

negocios de su gobierno. Pregunta luego cuál es la nación que no necesita de aliados para formarse o para defenderse. En cuanto a las grandes potencias, como Francia e Inglaterra ¿no es verdad que mantienen constantemente soldados extranjeros en sus ejércitos? ¿Cuando los Estados Unidos pelearon por su independencia, por ventura la ayuda que les prestó la Francia hizo que aquel movimiento dejara de ser verdaderamente nacional? ¿Y se podrá decir que la reciente lucha entre los Estados Unidos y los insurrectos del sur no fue tampoco nacional, porque millares de irlandeses y alemanes pelearon bajo la bandera de la unión? Dando por supuesta la contestación a estas preguntas, Mr. Drouyn de Lhuys concluye que no puede ponerse en duda el carácter del gobierno de Maximiliano, ni se deben censurar sus esfuerzos por consolidarse en razón de que emplee fuerzas extranjeras.

Mr. Drouyn en esa argumentación parece olvidar dos hechos importantes: lo., que los Estados Unidos en esta correspondencia han definido los límites del derecho de alianza de tal manera, que no les es posible aceptar el argumento de que me ocupo y 2o., el hecho de que los Estados Unidos no han considerado, en ningún tiempo, al supuesto gobierno del príncipe Maximiliano como un gobierno constitucional y legítimo de México capaz o con derecho de formar alianzas.

Mr. Drouyn de Lhuys presenta entonces de un modo gráfico las ventajas que han resultado o deben resultar a los Estados del establecimiento del supuesto imperio mexicano. En lugar de un país en constantes revueltas, que nos ha dado tantos motivos de queja y contra quien nosotros mismos nos hemos visto precisados a hacer la guerra, nos pinta a México transformado, bajo un benéfico régimen imperial en un país que disfruta de la paz y ofrece, para lo futuro, seguridad y extenso campo a nuestro comercio, país que distará siempre mucho de lastimar nuestros derechos o menoscabar nuestra influencia. Nos asegura que de todas las naciones, los Estados Unidos serán probablemente los que más provecho saquen de la obra que Maximiliano está llevando a cabo en México. Estas indicaciones son tan naturales de parte de la Francia como amigables para nuestro país. Los Estados Unidos nunca podrán ver con indiferencia una reforma política y comercial en la nación vecina. Pero

sus principios fijos, sus hábitos y convicciones, les impiden apreciar esos cambios cuando se hayan de verificar en este continente por medio de instituciones extranjeras, reales o imperiales, fundadas mediante la demolición violenta de las instituciones republicanas. Los Estados Unidos, que no se alucinan comúnmente, no ven ninguna ventaja posible en este cambio, capaz de compensar el daño que directamente les causaría la destrucción de la República en México. Mr. Drouyn de Lhuys, después de una hábil y esmerada revista de los hechos, termina su exposición de la manera siguiente: "Los Estados Unidos reconocen el derecho que tenemos de hacer la guerra a México. Por otra parte, nosotros admitimos, como ellos, el principio de no intervención. Estos dos principios encierran, a mi modo de ver, el fundamento de una solución amigable. El derecho de hacer la guerra, que corresponde, según lo declara Mr. Seward, a toda la nación soberana, implica el de asegurar los resultados de la guerra. No hemos ido allende el océano simplemente para hacer ostentación de nuestro poder y aplicar un castigo al gobierno mexicano. Después de una serie de vanas quejas y reclamaciones, cumplía a nuestro deber exigir garantías, que no podíamos esperar de un gobierno cuya mala fe se había probado tantas veces. Vemos ahora que se trabaja en establecer un gobierno arreglado que estará dispuesto a cumplir fielmente sus compromisos. Bajo este concepto esperamos que el objeto de nuestra expedición se logrará prontamente. Así es que nos esforzamos en concluir con el emperador Maximiliano arreglos que, satisfaciendo nuestros intereses y nuestra honra, nos permitan considerar terminado el servicio de nuestro ejército en el territorio mexicano. El emperador me ordena que escriba en este sentido a nuestro ministro en México. Desde este momento volvemos a nuestro principio de no intervención y lo aceptamos como nuestra regla de conducta. Nuestro interés, no menos que nuestra honra, exigen que reclamemos la aplicación de ese principio de una manera uniforme. Confiados en el espíritu de equidad que anima al gabinete de Washington, esperamos que éste nos dé la seguridad de que el pueblo americano se conformará con la regla que él mismo invoca, observando una estricta neutralidad respecto a México. Cuando usted —el marqués de Montholon— me haya

informado acerca de la resolución del gobierno federal, podré indicar a usted la naturaleza de los resultados a que hemos llegado en nuestras negociaciones con el emperador Maximiliano relativamente al regreso de nuestras tropas".

Dejo ya hecho y no sin repugnancia, sobre los argumentos de Mr. Drouyn de Lhuys, los comentarios que me parecen indispensables para evitar el que se infiera que estamos de acuerdo en ciertos puntos cuestionables, como tal vez podrá inferirse de nuestro silencio acerca de ellos. Creo por lo mismo que puedo dejar la recapitulación de sus argumentos, sin una revista especial, que pudiera parecer demasiado prolija y minuciosa. Los Estados Unidos no han pretendido ni pretenden saber cuáles son los arreglos que haga él emperador en lo concerniente a los reclamos de indemnización y reparación que exige de México. Esto sería un acto de intervención de nuestra parte. Lo que hacemos es insistir en nuestra aserción de que la guerra a que aludimos se ha convertido en una guerra política entre Francia y la República Mexicana, con cuyo carácter es perjudicial y peligrosa para los Estados Unidos no menos que para la causa republicana, siendo este el aspecto bajo el cual la consideramos al pedir su terminación. Sería poco noble —iliberal—, de parte de los Estados Unidos, el suponer que, al tratar de arreglos preliminares, el emperador se propone dejar bien establecidas en México, antes de retirar sus fuerzas, las instituciones que han sido precisamente el grave motivo de que los Estados hayan hecho objeciones a la intervención francesa. Sería aún más irregular el suponer que ni por un momento se figure, que los Estados Unidos puedan obligarse a consentir indirectamente, o tolerar el establecimiento de tan odiosas instituciones.

Por el contrario, entendemos que nos anuncia su intención actual de poner término al servicio del ejército que tiene en México, de retirarlo y adoptar de buena fe, sin ninguna estipulación ni condición de parte nuestra, los principios de no intervención, respecto de los cuales se pone, para lo futuro, de acuerdo con los Estados Unidos. Cuando desea que le proporcionemos la seguridad de que seremos fieles a nuestros principios de no intervención, no podemos comprender su petición sino como una manifestación amistosa de que espera que, cuando esté libre el pueblo

mexicano de la presión, efectos y consecuencias de la intervención político militar de Francia, respetaremos nosotros su autonomía independiente y soberana. Solamente bajo este aspecto, creemos que sea oportuna la apelación que hace a nosotros sobre el particular y bajo ese solo punto de vista debemos entrar en explicaciones francas con el emperador. Bien conoce él la forma y el carácter de nuestro gobierno. La nación no puede ligarse sino por medio de tratados consentidos por el presidente y dos tercios del senado. Un tratado formal sobre el punto a que me refiero sería considerado como inútil, a no ser que se reputase como de una negativa de los designios de mala fe que se nos atribuyeran, con el fin de disipar sospechas en una materia en la que, ciertamente, no hemos dado motivo para que se ponga en duda nuestra lealtad. Podría también rehusarse la negociación de ese tratado, porque en el hecho de solicitarlo el emperador de Francia, se vería el indicio de alguna reserva o propósito siniestro y poco amistosos de parte suya al retirarse de México. Las seguridades dadas por el presidente a nombre de la nación, pueden cuando más considerarse como manifestaciones de que, a su juicio, el personal de la administración, que cambia sin cesar, según la voluntad del pueblo, no se equivoca al aplicar los principios constantes que rigen a esta nación en su política. El presidente no puede dar explicaciones sin faltar a las conveniencias, siempre que el poder facultado para hacer tratados encuentre razones de interés público para oponerse de algún modo a que se entablen o prosigan las negociaciones.

Hecha esta aclaración, diré que, a juicio del presidente, Francia no debía diferir ni un momento el retorno de sus fuerzas y la plena ejecución en México del principio de no intervención, según lo tiene prometido por temor de que los Estados Unidos falten a los principios y a la política que, a nombre de mi gobierno, he debido explicar en esta ya bien larga correspondencia. La conducta de este gobierno, desde que comenzó a existir, es una garantía para todas las naciones del respeto que profesa el pueblo americano a la soberanía e independencia de los demás pueblos. En esto obedecemos los preceptos de Washington, cuyas lecciones sobre el particular hemos puesto en práctica en tiempos pasados con la misma Francia. El mismo principio y la propia política ha sido

uniformemente proclamados por todos nuestros estadistas, confirmados en los comentarios de todos nuestros jurisconsultos, sostenidos por todos nuestros congresos y sancionados en toda ocasión, de un modo casi unánime, por el pueblo americano. En realidad esto es lo que constituye el principal elemento de nuestras relaciones exteriores en toda nuestra historia. Atendiendo exclusivamente al objeto hacia el cual hemos dirigido nuestra atención, a saber, la solución de las dificultades mexicanas sin turbar nuestras relaciones con Francia, recibiremos con particular satisfacción el aviso final que se sirva darnos el emperador, ya sea por el apreciable conducto de usted o, de otra manera, del tiempo en que pueda esperarse que cesen las operaciones de sus tropas en México.

Tal vez fuera oportuno el dar aquí fin a la presente nota; pudiera, sin embargo, creerse que aún queda alguna oscuridad sobre el carácter del principio de no intervención, que debemos ya reconocer como la regla de conducta respecto a México, en que han convenido los Estados Unidos y Francia. Por lo mismo reproduciré, por vía de ilustración, algunas de las interpretaciones que hemos dado en otras veces a ese principio en nuestras relaciones con Francia.

En 1861, aludiendo a la posibilidad de que emisarios rebeldes de los Estados Unidos invocasen la intervención del emperador en nuestra guerra civil, observé lo siguiente: “El emperador de Francia ha dado muchas pruebas de que considera al pueblo de cada país como el verdadero origen de la autoridad y que los únicos objetos legítimos de ésta son la seguridad, libertad y bienestar de aquél”.

En esa misma ocasión escribí a Mr. Dayton en los siguientes términos:

De esta manera y por orden del presidente, he hecho a usted una exposición sencilla, desapasionada y sin exageraciones, del origen, naturaleza y fines de la lucha en que se hallan ahora envueltos los Estados Unidos. Lo he hecho así, con el objeto de deducir los argumentos que tendrá usted que usar al oponerse a la solicitud que ha dirigido al gobierno de S. M. el emperador, la llamada confederación, para que la reconozca como

independiente y soberana. El presidente, en la crisis actual, no espera ni desea intervención alguna, ni aun a favor de ninguna especie, ya sea del gobierno francés o de cualquier otro, sea cual fuere lo que tenga que admitir en lo futuro, jamás invocará ni aun admitirá la intervención o influencia extranjera, en ésta o cualquiera otra controversia en que pueda verse empeñado el gobierno de los Estados Unidos con una porción cualquiera del pueblo americano.

[...]

Una intervención extranjera nos obligaría necesariamente a tratar como enemigos, haciéndoles la guerra a aquellos que, con el carácter de aliados, intentasen favorecer a los insurrectos.

Aunque otras potencias europeas puedan equivocarse, S. M. es sin duda el último de los soberanos que pueden desconocer la naturaleza de esta contienda. Sabe que la revolución triunfante de 1776 en este país fue la manifestación gloriosa de la gran idea americana del gobierno libre y popular, contra las preocupaciones y los errores que pretendieron contrariar. Sabe que aquel conflicto despertó las simpatías del género humano y que fue acogido con aplauso por las mismas naciones de Europa. Sabe a costa de cuantos sacrificios intentaron alguna vez las potencias europeas oponerse al progreso de esa gran idea y acaso no tendrá inconveniente en confesar que fue Francia la que sacó de ellas mayor provecho.

No podrá menos de reconocer la presencia de esa gran idea en este conflicto, y no podrá equivocarse al indagar de qué lado se encuentra entre los combatientes. En fin, el mismo principio del sufragio universal, con el derecho que tiene a que se obedezcan sus decretos, el que sirvió de base al gobierno francés y que quieren desconocer aquí los insurrectos, pero que saldrá triunfante de la lucha y será más que nunca prácticamente establecido por el gobierno en los Estados Unidos.

Dije a Mr. Dayton, en 30 de mayo de 1861, escribiendo sobre el mismo asunto: "Nada necesitamos para alcanzar el resultado, sino que las naciones extranjeras nos dejen, en uso de nuestro derecho, manejar nuestros propios negocios del modo que más nos acomode, pues ellas, lo mismo que nosotros, sólo males reportarían de su intervención. Nadie, estamos seguros, puede juzgar mejor que el emperador de los franceses lo peligroso y deplorable que sería la emergencia de que intentasen los europeos mezclarse y tomar parte en los hechos políticos del pueblo americano".

Al rehusar, en 8 de junio de 1861, la mediación ofrecida entonces por Francia escribí a Mr. Dayton: "El deber más grande y sagrado que hoy tiene el gobierno, es salvar la integridad de la unión americana. La defensa absoluta y exclusiva de su independencia es el primero y más indispensable elemento de existencia nacional. Esta es una nación republicana y todos sus negocios domésticos deben manejarse y concluirse en la forma constitucional y según los principios republicanos. Es además una nación americana y sus negocios interiores, no sólo deben manejarse con referencia a su posición peculiar en el continente, sino exclusivamente por medio de móviles y agencias americanas".

En 1º de agosto, 1862, Mr. Adams recibió instrucciones de este gobierno en los términos siguientes:

Las naciones europeas que encontraron y ocuparon, casi sin esfuerzos, este continente ¿comprenden acaso cuál será su destino? ¿Se han ocupado en estudiarlo y están dispuestos a aceptarlo? ¿No han dado hasta ahora sus errores, por único resultado, desengaños sobre desengaños y desastres sobre desastres? Después de unos 400 años de esos desengaños y de esos desastres ¿es tan misteriosa e incomprensible la marcha de la providencia que no pueda ser entendida y confesada? Se dice que Colón dio un nuevo mundo a Castilla y a León. ¿Qué ha llegado a ser la soberanía de España en América? Richelieu ocupó y

fortificó una gran porción del continente, desde el golfo de México hasta el estrecho de *Belle Isle*. ¿Conserva Francia esa importante porción de territorio perteneciente entonces a su corona? Adquirió aquí la Gran Bretaña un dominio que centuplicaba el territorio que poseía en el suelo nativo. ¿No ha perdido ya una gran parte de esa asombrosa adquisición? ¿A quiénes, si no a los americanos pertenecen hoy esos vastos dominios que poseyeron y fundaron un día los portugueses, los holandeses y los suecos, aumentando en población con los colonos y desterrados europeos que traían consigo las artes, la civilización y las virtudes de Europa? Y ¿no ha sido conveniente ese cambio para la sociedad de este continente? No alcanza mayor beneficio con ese cambio la misma Europa, que si continuara ejerciendo su dominio, dado que éste fuese posible, en los pueblos de este hemisferio? Las naciones americanas que aquí se han levantado son libres y tienen un gobierno propio. Conquistaron ese puesto con el vigor y la fuerza que les eran inherentes y obedeciendo al impulso irresistible de una verdadera necesidad. ¿Sería posible para Europa dominar nuevamente esos Estados, volviéndolos a la condición colonial? ¿Sería ese cambio deseable para los pueblos y provechoso para la misma Europa? El equilibrio del poder, que entre las naciones de Europa se mantiene trabajosamente a costa de ejércitos numerosos, ocasionando frecuentes conflictos, cuando la esfera de las ambiciones políticas se ve allí limitada por el océano que rodea aquel continente ¿sería posible mantenerle si este vasto continente, con todas sus poblaciones, sus recursos y su fuerza, fuese llevado a esa esfera de luchas y de partidos?

Por el contrario, de todas esas suposiciones ¿no está demostrando la evidencia irrecusable de los hechos, que esas naciones americanas fueron llamadas a tener una existencia propia para ser la patria, el hogar de los hombres libres y que si los Estados europeos pudieron ejercer antes una tutela sobre ellos, esa tutela debió cesar necesariamente cuando aquellos? pueblos

llegaron a adquirir la suma de elementos suficientes para gobernarse por sí mismos, escogiendo sus propias instituciones y dictando sus propias leyes? Si en la elección anduvieron desacertados, si cometieron errores al manejar sus negocios, ellos sufrirán las consecuencias y, escarmentados en la experiencia, buscarán, como las demás naciones, el modo de corregirse.

En 8 de mayo de 1862, encomendase a Mr. Dayton el encargo de manifestar a Mr. Thouvenel "el deseo de los Estados Unidos de que fuesen pronto establecidas las relaciones pacíficas entre Francia y México, sobre una base igualmente justa para las dos naciones y favorable a la independencia y soberanía del pueblo de México, en lo cual estaba Francia tan interesada como las demás naciones ilustradas".

En 21 de junio de 1862 fue autorizado Mr. Dayton para hablar en nombre de los Estados Unidos respecto de la condición de México, en los términos siguientes: "Francia tiene el derecho de hacer la guerra a México, determinando para sí misma la causa que le motive; pero nosotros tenemos, a nuestra vez, el derecho de insistir en que Francia no debe aprovechar las ventajas que alcance en esta guerra para crear y sostener en México un gobierno antirrepublicano y antiamericano".

Acepte usted, señor, las seguridades de mi alta consideración.

William H. Seward

MAXIMILIANO, CON IRONÍA,
PROPONE EL RETIRO INMEDIATO DEL EJÉRCITO FRANCÉS

Cuernavaca, febrero 18 de 1866

A V. M. el emperador de los franceses

Señor mi hermano:

He recibido, por conducto de Mr. Saillard, la amable carta de V. M. fechada el 15 de enero de 1866 y me permito contestarle con entera franqueza.

V. M. se cree forzado, por una súbita presión, a no poder observar los solemnes tratados que hemos firmado hace apenas dos años y me lo comunica con una franqueza que le hace honor.

Me siento demasiado amigo vuestro para querer ser, directa o indirectamente, la causa de un peligro para V. M. o su dinastía. Os propongo, con una cordialidad igual a la vuestra, el retiro inmediato de vuestras tropas del continente americano.

Por mi parte, guiado por el honor, trataré de arreglarme con mis compatriotas en una forma que esté en armonía con la dignidad y lealtad de un Habsburgo y pongo mi alma y mi vida al servicio de la independencia de mi nueva patria.

Estoy profundamente reconocido a V. M. por la dolorosa simpatía que habéis expresado en ocasión del fallecimiento del rey, mi padre político, y os ruego aceptéis los sentimientos de estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.⁵

Maximiliano

⁵ Original en francés.

NAPOLEÓN DA INSTRUCCIONES A BAZAINE
SOBRE LA EVACUACIÓN

París, febrero 16 de 1866

(Sr. mariscal Francisco Aquiles Bazaine)

Mi querido Mariscal:

Creo que, en el momento en que os escribo, el barón Saillard habrá llegado y os habrá explicado mis intenciones. Os vais ha encontrar en circunstancias difíciles, pero cuento con vos y con Mr. Langlais para superar las numerosas dificultades que encontraréis.

Habiendo sido decidida en principio la evacuación de México, es necesario que se haga de manera que sea lo menos perjudicial posible al gobierno del emperador Maximiliano, a quien deseo sostener tanto cuanto sea posible. Para ello, es necesario que, hasta la partida de las tropas, toméis con Mr. Langlais, abiertamente, la dirección de los negocios públicos, es decir del ejército y de las finanzas; porque, para que el imperio mexicano pueda sostenerse, es necesario que las finanzas y la fuerza armada sean organizadas de modo que ofrezcan al emperador Maximiliano un apoyo seguro.

Quisiera, pues, que la legión extranjera llegue a tener un efectivo de 15,000 hombres, bajo las órdenes del Gral. Jeanningros; las tropas auxiliares austriacas y belgas serían disueltas y los soldados y los cuadros, que hubieseis escogido, serían incluidos en la legión francesa. Aumentada así esta legión, sería pagada por el tesoro francés hasta el día de nuestra completa evacuación. Las tropas mexicanas deberían ser reducidas a la cifra más restringida y reorganizadas con cuadros franceses, si se encontraran bastantes voluntarios.

Reducidos así los gastos, las aduanas más importantes deberán ser entregadas a la administración francesa. Para aumentar las entradas será necesario devolver al clero los bienes todavía libres y, aquellos que hubiesen sido enajenados fraudulentamente, con cargo de entregar al gobierno una parte del valor de los bienes restituidos. El emperador Maximiliano tendrá que reducir sus gastos a lo estrictamente necesario y que no se compare conmigo como emperador de los franceses sino como Presidente de la República, que tiene 600,000 francos para gastos de representación. Establecido esto, Mr. Langlais podrá formular un serio presupuesto que inspire confianza en Europa.

Pero todavía existe otra medida que quisiera aconsejar al emperador Maximiliano y que simplificaría mucho las cosas: volver al sistema federativo, constituyendo a México en ocho o diez estados cada uno con su representante local y su gobierno. Estos Estados estarían unidos al centro por brazos federativos bastante débiles. El estado de México, entre dos mares, se extendería hacia el norte y el sur bastante lejos para englobar los territorios más fértiles y las ciudades más importantes. El emperador conservaría las aduanas, el ejército, la política extranjera; pero se descargaría del cuidado de administrar los otros estados y crearía, en el centro de ese vasto país, un núcleo de civilización que irradiaría poco a poco hacia los extremos.

Si se sigue y adopta este plan, será necesario que Mr. Saillard me informe en Francia de las fechas precisas de la evacuación y, entonces, podremos pedir a las Cámaras un crédito necesario para subvencionar los gastos del gobierno hasta que quede establecida la nueva organización. Para asegurar el reembolso de nuestros anticipos y el interés de los empréstitos, conservaríamos aún por largo tiempo la administración de las aduanas, de la que recibiríamos la mitad en provecho nuestro. Con este objeto, sería ventajoso dejar aun durante algunos años, unos miles de hombres cerca de Veracruz, Tampico, etc.; pero ignoro si se encontrarían hombres bastante aclimatados para no temer a las enfermedades. Esta es una de las cosas que tendréis que examinar.

Os ruego que comunicéis esta carta a Mr. Langlais diciéndole cuánto le agradezco el celo que me manifiesta. Él dará a conocer mis

instrucciones al emperador, que se resumen de esta manera: "Evacuar lo más pronto posible, pero hacer todo lo que dependa de nosotros para que la obra, que hemos fundado, no se derrumbe al día siguiente de nuestra partida".

Cuento con vuestra energía y vuestra inteligencia para que cumpláis la difícil tarea que os he confiado y os renuevo, mi querido Mariscal, la seguridad de mi sincera amistad.

Napoleón⁶

⁶ Original en francés.

EL GOBIERNO NACIONAL NO CUENTA CON RECURSOS
PARA AUXILIAR AL GRAL. MIRAMÓN

Paso del Norte, enero 22 de 1866

Ciudadano Jesús Terán
Florencia

He puesto en conocimiento del ciudadano Presidente de la República, lo que me expuso desde París en su comunicación de 8 de octubre último, sobre que don Miguel Miramón había manifestado a usted su voluntad de regreso a la república para servir a la causa constitucional.

Expuso usted, a la vez, que al encargarle lo comunicara al gobierno, manifestó a usted que en otras circunstancias no hablaría de recursos para sí, pero en la actualidad carece de lo necesario para venir de Europa y dejar asegurada por algún tiempo la subsistencia de su familia; por lo cual, tendría que hablar de ese punto, cuando recibiese la contestación del gobierno.

Esta sería una dificultad que no podría allanar el gobierno en su situación presente. Carece aquí aun de los recursos más indispensables para sostener la fuerza armada que tiene consigo. Las últimas noticias, hasta mediados de diciembre, sobre la negociación de un préstamo en los Estados Unidos, se refieren a tropezar con obstáculos que no podrían expresarse desde luego y si, como es de temerse, no llegan a superarse del todo, aun cuando se lograra negociar una parte del préstamo, pudiera no ser bastante ni para cubrir el monto de los diversos convenios ya estipulados sobre la base del préstamo para adquisición de armas, municiones y otros objetos de guerra. Conociendo el gobierno aquellos obstáculos y estos compromisos, estimaría ahora inoportuno e inútil librar eventualmente alguna cantidad sobre dicho préstamo para el objeto

de esta nota, así como lo ha considerado respecto de cualquier otra cosa, pues no ha librado para ningún objeto, ni por la cantidad más pequeña.

En tal virtud, el ciudadano presidente me ha encargado decir a usted que puede manifestar al Sr. Miramón la indicada dificultad, que impide considerar la oferta de sus servicios en la forma que usted la comunicó; pero, que si él puede efectuar su regreso al territorio de la república y, con alguna de las fuerzas que cree poder disponer, comenzar a prestar sus servicios a la causa constitucional, tan luego como él tuviese noticia de ellos, dispondría que fuesen debidamente considerados.

Protesto a usted mi muy atenta consideración.

(Sebastián) Lerdo de Tejada

JESÚS TERÁN SE ENTREVISTA CON EL GRAL. SCHOFIELD

París, enero 4 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones
Chihuahua

Con el objeto de facilitar mis entrevistas con el Gral. Schofield, me he mudado a este gran hotel en que él vive y en que podemos hablar a cualquiera hora sin llamar la atención.

Ayer he tenido con él otra conferencia, en la cual estuvo ya menos reservado. Me dijo que aún no recibía él su correspondencia, pero que por telégrafo le comunicaban de Liverpool las últimas proposiciones presentadas al Congreso de Washington; la retirada a Nueva York de Mr. Montholon, etc. Dice que, en su concepto —es de suponer que sobre ello haya recibido seguridades de este gobierno—, Napoleón, desengañado de que no es posible sostener a Maximiliano, está resuelto a retirar sus fuerzas y a retirarlas pronto para evitar complicaciones que pueden sobrevenir con los Estados Unidos por más que ambos gobiernos procuren evitarlas.

Yo le encarecí de nuevo la necesidad de insistir en lo inminente que es el peligro de esas complicaciones y en la de manifestar firmeza contra la pretensión de cualesquiera concesiones, aun la de demorar simplemente la evacuación, fuera del tiempo estricta y físicamente necesario para efectuarla. En todo se muestra conforme y esto rebaja mis temores de que los Estados Unidos nos sacrificarán para evitarse una guerra con Francia.

Le comuniqué haber sabido, de buen origen, que Mr. de Montholon ha recibido, o está al recibir, instrucciones para ajustar un tratado de comercio, con un comisionado *ad-hoc* de Maximiliano y que

había la intención de hacerlo firmar no sólo por todos los ministros de éste, sino por los consejeros de Estado y una multitud de personas influyentes, a fin de dificultar su desconocimiento por el gobierno que remplace al del imperio.

Es probable —y sírvase usted dispensar que no trate este punto en comunicación separada, por hallarme muy quebrantado de salud— que este tratado contenga mil privilegios y concesiones exorbitantes y que entre estipulaciones de navegación y comercio se introduzcan otras sobre la política de la nación y atentatorios a su soberanía; mas, no pudiendo tener más valor que el de los otros actos de Maximiliano, sea cual fuere el número de firmas que lo suscriban, no me parece que deba causarnos inquietud. Y yo, entretanto, veo en él un indicio muy favorable, pues nos demuestra que Napoleón ha desesperado enteramente de alcanzar otras ventajas de cualquier género y se conforma ya con presentar a la Francia ese papel, como único fruto de su expedición a México. Calculando el tiempo necesario para el ajuste de ese tratado y para su ratificación, puede también formarse una idea de lo que tardará la evacuación, si no para efectuarse materialmente al menos para anunciarla oficialmente al público, pues me figuro que para ello no se aguarda ya otra cosa.

Reitero a usted las protestas de mi consideración.

Jesús Terán

TERÁN RECIBE CONFIDENCIAS
DEL GRAL. SCHOFIELD EN PARÍS

París, enero 25 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones
Chihuahua

He tenido una nueva conferencia con el Gral. Schofield, de la cual he quedado muy complacido, pues me parece haberle inspirado plena confianza y ganado la voluntad. Ha materialmente estudiado una traducción que le di de la carta que escribí al barón de Pont y me hizo sobre su contenido un largo escrutinio. Al despedirme me suplicó que lo viera con frecuencia para que habláramos de las cosas de México y aun para hacerme algunas consultas.

Más franco y explícito que en las entrevistas anteriores, me dijo esta vez que su gobierno deseaba proporcionar a Napoleón un modo de salir de México lo más decorosamente posible; que se había fijado — Napoleón— en retirar sus fuerzas en virtud de que ya quedaba constituido el imperio —pensamiento emitido posteriormente en su discurso al cuerpo legislativo— y que era necesario, al menos con las apariencias y por otro tiempo, ayudarle a sostener esa impostura, aunque ni él la creyera, ni pudiera engañar a nadie; que el medio de conseguir esto era estipular un armisticio y fijar un término para la retirada del ejército francés y, en seguida y ya directamente con Maximiliano, pactar otro término para la salida de éste; concluyó preguntándome si el Sr. Juárez se prestaría a todo esto.

Contesté que lo ignoraba, pero que me figuraba que sí, siempre que se verificaran las siguientes condiciones: 1ª Que los armisticios se limiten estrictamente a una suspensión de hostilidades, sin descender, como es

probable que se pretenda, a ratificar o calificar acto alguno legislativo o administrativo de los gobiernos emanados de la intervención. 2ª Que los términos para la salida, así del ejército francés, como de Maximiliano, sean cortos. 3ª Que la permanencia de Maximiliano, después de la retirada de los franceses, no sea en la capital, en donde no tendrían seguridad alguna, sino en Yucatán, como él había pensado, o en otro punto litoral y 4ª Que no se exija al Sr. Juárez garantizar la seguridad de los franceses ni de Maximiliano, durante los armisticios contra sublevaciones, pronunciamientos u otros hechos ajenos a su voluntad y que no estaría en su mano prevenir.

Le encarecí mucho la conveniencia de que él, por sí mismo, abierta y decididamente, repelerá desde luego cuanto se lo proponga contrario a estas condiciones, principalmente a las dos primeras, para evitar contradicciones y dificultades entre los gobiernos de México y Washington, cuya inconveniencia en estos momentos a nadie pueden ocultar.

Reitero a usted las protestas de mi consideración y aprecio.

Jesús Terán

SEWARD VISITA A SANTA ANNA EN SAINT THOMAS

Washington, febrero 1º de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

El domingo 28 de enero próximo pasado regresó Mr. Seward a esta ciudad de su viaje a las Antillas. El martes 30 vi a su hijo Mr. Frederick W. Seward, subsecretario de Estado, con el objeto de informarme cómo seguía de salud y felicitarlo por su regreso. Hoy, que fue día de recepción para el cuerpo diplomático, fui al departamento de Estado con objeto de ver a Mr. Seward.

Fui recibido en cuanto llegué y tuve con él una conversación larga y cordial. Comenzó por decirme que el objeto de su viaje no había sido político y que su único propósito era restablecer su salud. Me refirió en seguida que había ido primero a Saint Thomas, de allí a Santa Cruz, después a Santo Domingo y Haití y por último a La Habana. Los periódicos habían anunciado que en Saint Thomas había tenido una conferencia de una hora con Santa Anna y, entre otros de los objetos que tuve a la mira, al buscar hoy a Mr. Seward, fue uno de ellos a ver si me decía algo respecto de esta conversación, aunque no me proponía yo preguntarle nada. Por fortuna, sin indicación mía de ninguna especie, me refirió el motivo, objeto y detalles de su conversación con Santa Anna, que procuraré repetir aquí con cuanta fidelidad me sea posible.

Me dijo que al llegar a la bahía de Saint Thomas, lo mismo que a las de los demás lugares en donde estuvo, los cónsules, los extranjeros y los habitantes principales del lugar venían a verlo a bordo de su vapor. Que en Saint Thomas recibió una carta de Santa Anna en la que le decía que, a causa de su cojera, no le era posible ir a verlo a bordo; pero que si

Mr. Seward no tenía inconveniente en pasar a su casa, celebraría mucho verlo. Mr. Seward creyó que la excusa era suficiente y le pareció que no sería noble dejar de ver a un enemigo caído —a fallen enemy— de los Estados Unidos y a un hombre que está en la desgracia y en el destierro. Pasó, pues, a su casa y se encontró, con sorpresa suya, con que Santa Anna no hablaba inglés. Mr. Seward llevaba un intérprete que no conocía bien una de las dos lenguas, dando esto por resultado que no entendiera bien toda la conversación de Santa Anna. Encontró a éste en todo su vigor, ocupado exclusivamente en pensar sobre la suerte de su patria y haciendo las demostraciones más expresivas del más ardiente patriotismo. La impresión que produjo en Mr. Seward fue muy buena; le pareció un hombre de muy buen entendimiento, de una voluntad muy firme y de buenas dotes para ser jefe de partido.

Le dijo Mr. Seward, sin embargo, que había una circunstancia en su conducta que le era difícil conciliar con sus demostraciones de patriotismo y ésta era su sumisión a la intervención de hace dos años. Mr. Seward agregó que él, como patriota americano, nunca se había sometido a ninguna intervención extranjera en los Estados Unidos. Santa Anna procuró explicar su conducta, diciendo que en esa ocasión había abdicado de sus ideas por seguir a su partido; que se le había asegurado que la monarquía establecida por la intervención en México era un gobierno nacional, que pronto se separaría del auxilio francés y tendría existencia propia. Que en este concepto y, aunque con disgusto, había ido a México y que, luego que se había persuadido de lo contrario, había comenzado a trabajar contra la intervención y en favor de la libertad e independencia de su patria. Mr. Seward me dijo que este razonamiento daba lugar a muchas objeciones; pero que, antes de que tuviera tiempo de hacerlas, le empezó a hablar Santa Anna de sus planes y proyectos para salvar a México del yugo extranjero. No me dijo cuáles eran éstos; pero sí me indicó muy claramente que en ellos no se contaba para nada con el supremo gobierno y que Santa Anna deseaba la salvación del país siempre que ese objeto se pudiera conseguir por él mismo y sus partidarios; pero que no estaría dispuesto a unirse con los que están

trabajando y han trabajado por conseguirlo y menos a someterse a la autoridad legítimamente constituida.

Mr. Seward desaprobó ese género de patriotismo y, poniendo por ejemplo lo ocurrido recientemente en este país, manifestó que era el deber de todo ciudadano trabajar de acuerdo con el gobierno. Dijo también que, en su concepto, Santa Anna tenía un gran defecto para ser el jefe de una república y éste era su voluntad de hierro que no podría menos que ocasionarle muchos enemigos.

Cuando Mr. Seward concluyó de referirme su entrevista con Santa Anna, le agradecí su atención en darme a conocer lo que realmente había pasado para poder dar el crédito que merecen los diferentes rumores que hay sobre este punto y como noté que tenía una idea exagerada del mérito de Santa Anna, creí conveniente manifestarle que, aunque en efecto tiene algunas buenas cualidades, en México está ya enteramente desprestigiado por la mala manera con que ha procedido siempre que ha estado en el poder y que sus defectos, por mucho que los disimule estando de aspirante al poder sobrepujan con grande exceso a su mérito. Que si realmente deseaba libertar a su patria del yugo extranjero, no podía tener mejor oportunidad de cooperar a ese resultado y de prestar servicios distinguidos que yendo a pelear contra los franceses y no contra el gobierno que representa la causa nacional y a quien ellos tratan de derrocar.

Creo que por engañado que esté Mr. Seward respecto a los méritos y cualidades de Santa Anna, no lo está tanto como lo estaba antes de verlo. Si realmente creyó que podría ser el hombre para la situación, me parece que ha tenido motivo para cambiar de opinión. Pudiera, sin embargo, haberse esforzado por hacerme creer cosas distintas de lo que piensa, con objeto de poder seguir con menos inconvenientes en su camino, aunque esto no me parece probable.

Hablando de Santa Anna me dijo, además, que vivía muy bien, tenía muy buena casa y que había causado mucha extrañeza entre los habitantes de Saint Thomas el que hubiera ido a verlo, pues allí está enteramente aislado, no lo visitan más que dos o tres personas y tiene vida de ermitaño.

Indudablemente se propuso Mr. Seward darme explicaciones sobre su conducta para que no nos parezca mal que, mientras está en relaciones oficiales con nosotros, ande teniendo entrevistas al soslayo provocadas por él mismo con los enemigos solapados o abiertos de nuestra causa.

No satisfecho con estas explicaciones, me dijo Mr. Seward que había otro incidente del que deseaba hablarme; que entre los extranjeros que lo visitaron en La Habana había un Sr. Magnus que iba a México de ministro de Prusia cerca de Maximiliano. Que cuando se lo presentaron no supo su nombre ni su carácter y, al encargar al cónsul de los Estados Unidos que pagara las visitas que le habían hecho, le dio tarjeta para Mr. Magnus; que el Cónsul le refirió entonces quién era y que le mandó decir que no podía pagarle su visita porque él mismo había prevenido a todos los agentes de los Estados Unidos en el exterior, que no tuvieran relaciones con los agentes de Maximiliano o relacionados con él.

Hablé en seguida a Mr. Seward de su correspondencia sobre el reconocimiento de Maximiliano, manifestándole que había merecido mi más completa aprobación. En nuestra conversación sobre este punto, que se extendió a la cuestión en general, me recomendó con mucha delicadeza que procurara que los diputados y senadores no presentaran la cuestión como si de hecho hubiera ya guerra con la Francia o si ésta fuera inevitable. De esta manera ha manifestado la idea que tiene que podemos ejercer alguna influencia en el Congreso en favor de nuestra causa.

Antes de terminar esta nota, creo conveniente manifestar a usted que ayer vi en el departamento de Estado a Mr. Web, ministro de los Estados Unidos en el Brasil; me dijo que era amigo personal y muy antiguo de Napoleón; que a su paso por París había almorzado con él y le había hablado francamente de la cuestión de México, manifestándole que había sido engañado y deseaba salirse cuanto antes de la república; que había dado pruebas de esto que habían sido sometidas al presidente, quien las había encontrado satisfactorias. Como resultado de todo esto, cree Mr. Web que el mejor modo de conseguir pronto tal retiro, es impedir que el Congreso apruebe o aun discuta resoluciones contra la Francia, puesto que cualquiera cosa que se haga o se diga en ese sentido producirá un resultado opuesto al que se desea. Tal vez las seguridades

de Mr. Web sean las que hayan hecho creer al presidente que Napoleón está para retirarse.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

TERÁN COMENTA UN TELEGRAMA DE GONZÁLEZ ORTEGA

París, enero 26 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones
Chihuahua

Ha venido a mis manos un telegrama dirigido por el Gral. González Ortega al Gral. don Epitacio Huerta, concebido en estos términos:

San Antonio, enero 6 de 1866

Estoy aquí. Juárez se encuentra en muy mala posición. Por el correo anterior le mandé a usted mi protesta. Dígale usted a mi hermano que me escriba.

La persona que comunica este telegrama y que debe estar bien impuesta de lo que pasa, añade que el Gral. Negrete está en compañía de González Ortega y entra en reflexiones misteriosas sobre las palabras mala posición de Juárez, anunciando funestos acontecimientos y dando claramente a entender que González Ortega y Negrete se han rebelado ya o están próximos a rebelarse.

Como usted me comunicó en su carta particular de 24 de noviembre, que se anunciaba una expedición de Brincourt sobre Chihuahua y sé hasta dónde puede conducir a Negrete el despecho y a González Ortega la ligereza, naturalmente me ha ocurrido la sospecha de que éstos hayan aconsejado a Brincourt esa expedición, a fin de colocarse ellos, como lo han hecho, en el camino por donde el gobierno debiera retirarse y apoderarse del ciudadano presidente por un golpe de mano. A los que conozcan las ilusiones que se forman el Gral. González Ortega y

el empeño con que desde el principio de la guerra ha querido tratar con los franceses, considerando al Sr. Juárez como único obstáculo para el ajuste de un tratado ventajoso, mi sospecha no debe parecer temeraria.

Pero sea éste o no el pensamiento de dichos generales, parece indudable que se lanzan en el camino de la traición y para desconcertarlos o acaso retraerlos del todo, se aventajaría mucho si el gobierno de los Estados Unidos, directa o indirectamente les hiciera entender que faltando el Sr. Juárez, por cualquier motivo que sea, él no ha de reconocer como Presidente de la República, más que al que lo sea de la Suprema Corte, conforme al decreto expedido en El Paso del Norte. Por si el Sr. Romero juzgare conveniente dar algunos pasos para recabar esta declaración, esta comunicación va abierta por su conducto.

Sírvase usted dar conocimiento de lo expuesto al ciudadano presidente y aceptar las nuevas protestas de mi consideración y aprecio.

Jesús Terán

NAPOLEÓN NO DESEA QUE SU OBRA SE DESPLOME
AL DÍA SIGUIENTE DE LA PARTIDA DE SUS TROPAS

Febrero 16 de 1866

Sr. mariscal Bazaine

Habiendo sido decidida en principio la evacuación de México, es necesario que se haga de manera que sea lo menos perjudicial posible al gobierno del emperador Maximiliano, a quien deseo sostener tanto cuanto lo pueda. Para ello, es necesario que, hasta la partida de las tropas, toméis con Mr. Langlais, abiertamente, la dirección de los negocios públicos, es decir, del ejército y de las finanzas; porque, para que el imperio mexicano pueda sostenerse, es necesario que las finanzas y la fuerza armada sean organizadas de modo que ofrezcan al emperador Maximiliano un apoyo cierto. Quisiera, pues, que la legión extranjera fuese llevada a un efectivo de 15,000 hombres, bajo las órdenes del Gral. Jeanningros; las tropas auxiliares austriacas y belgas serían disueltas y los soldados y los cuadros que hubiéseis escogido, serían vertidos en la legión Francesa. Aumentada así esta legión, sería pagada por el tesoro francés hasta el día de nuestra evacuación completa. Las tropas mexicanas deberían ser reducidas a la cifra más restringida y reorganizadas con cuadros franceses, si se encontraran bastantes voluntarios.

Si este plan es adoptado y seguido, será necesario que Mr. Saillard me informe en Francia de las fechas precisas de la evacuación y, entonces, podremos pedir a las Cámaras un crédito necesario para subvenir a los gastos del gobierno, hasta que quede establecida la nueva organización. Para asegurar el reembolso de nuestros anticipos y el interés de los empréstitos, conservaríamos aún por mucho tiempo la administración de las aduanas, de la que recibiríamos la mitad en

provecho nuestro. Con este objeto, sería ventajoso dejar aún durante algunos años, algunos miles de hombres cerca de Veracruz, Tampico, etc.; pero ignoro si se encontrarían hombres bastante aclimatados para no temer a las enfermedades. Esta es una de las cosas que tendréis que examinar.

Os ruego que comuniquéis esta carta a Mr. Langlais, diciéndole cuanto le agradezco el celo que me manifiesta. Él dará a conocer mis instrucciones al emperador, las que se resumen así: "Evacuar lo más pronto posible, pero hacer todo lo que dependa de nosotros para que la obra que hemos fundado no se desplome al día siguiente de nuestra partida".

Cuento con vuestra energía y vuestra inteligencia para que cumpláis la difícil tarea que os he confiado y os renuevo, mi querido mariscal, la seguridad de mi sincera amistad.⁷

Napoleón

⁷ Original en francés.